

ÍNDICE

<i>Objetivos generales</i>	9
<i>Prefacio</i>	11
<i>Introducción</i>	17
I. TEMAS Y CONCEPTOS	37
Los pueblos germánicos, visigodo y Bizancio	39
Historia del Islam y de al-Andalus.....	63
Europa y la Península Ibérica de los siglos IX al XII: el feudalismo	83
La Baja Edad Media en la Europa y la Península Ibérica (siglos XIII-XV)	115
II. PROCEDIMIENTOS Y EDUCACIÓN EN VALORES	141
Genealogía, antroponimia y heráldica como fuentes para el conocimiento de la Historia Medieval	143
El uso de Internet y los videojuegos en la didáctica de la Historia Medieval	177

LOS PUEBLOS GERMÁNICOS, VISIGODOS Y BIZANCIO

Carlos Barquero Goñi

ESQUEMA

- I. Objetivos
 - II. Las invasiones germánicas
 - III. Los reinos germánicos
 - IV. Bizancio
 - V. Los visigodos
 - VI. El Imperio Carolingio
 - VII. Conclusión
- Bibliografía

I. OBJETIVOS

Por desgracia, en la actualidad existe muy poca comunicación entre la investigación histórica y la docencia en la enseñanza secundaria. El autor de estas líneas se ha dedicado durante varios años a la investigación en el ámbito del medievalismo. Al leer los libros de texto de 2.º de E.S.O. para la preparación del presente trabajo, lo primero que ha observado es esa escasa relación. Por eso, el principal objetivo de las siguientes líneas va a ser reivindicar un mayor diálogo entre profesores de enseñanza secundaria e investigadores. Dicha relación indudablemente redundaría en beneficio de ambas partes.

Tradicionalmente, se identifica el inicio de la Edad Media con las invasiones de los pueblos germánicos que pusieron fin a la existencia del

Imperio Romano en Occidente. De hecho, todavía hoy la mayoría de los libros de texto de Educación Secundaria señalan el año 476, fecha de la desaparición del Imperio Romano de Occidente, como el momento del comienzo de la Edad Media. Pedagógicamente, quizás convenga mantener esta convención para los alumnos de 2.º de ESO, los cuales todavía carecen de capacidad de abstracción en buena parte. Sin embargo, obviamente la Historia es un proceso continuo y en realidad los cambios de época no se producen en ningún año determinado. Esta afirmación, que es válida para todas las edades históricas, resulta especialmente apropiada para la transición del mundo antiguo al medieval.

En efecto, en la actualidad se tienden a resaltar los elementos de continuidad de los reinos germánicos y de Bizancio entre los siglos V y VII con el pasado romano. De hecho, en la práctica son historiadores de la Edad Antigua más que medievalistas quienes de forma mayoritaria investigan sobre el periodo hoy en día.

El énfasis en los elementos de continuidad más que en los de ruptura ha conducido a algunos autores recientes como Guy Bois o Pierre Bonnassie a afirmar incluso que el Imperio Carolingio todavía pertenece básicamente a la Antigüedad y que la transición de la Edad Antigua a la Edad Media se produce a través de una mutación entre los siglos X y XI. Evidentemente, se trata de un tema muy debatido¹. En cualquier caso, lo que sí parece cierto es que en la actualidad, y frente a la visión predominante en épocas pasadas, se tiende, a ver muchos factores de continuidad en los reinos germánicos y en Bizancio con el Imperio Romano. En consecuencia, las invasiones germánicas no habrían sido tan traumáticas.

II. LAS INVASIONES GERMÁNICAS

La inmensa mayoría de los manuales de Historia de Enseñanza Secundaria responsabilizan a las invasiones de los pueblos germánicos de la caída del Imperio Romano. Sin embargo, sería conveniente transmitir a los alumnos que el final del Imperio también se debió a causas internas. Desde el siglo III el Imperio Romano atravesaba una profunda crisis social

¹ Francisco Ruiz Gómez, *Introducción a la Historia Medieval*, Madrid, 1998, pp. 55-56.

y económica. De dicha crisis el Imperio se recuperó sólo parcialmente durante la cuarta centuria, pero en el siglo V la crisis interna volvió a ser una de las causas de su caída en Occidente. En la actualidad, todavía se discute acerca de cuál motivo fue el realmente decisivo, si el externo de las invasiones o el interno de la crisis. En cualquier caso, lo que sí parece cierto es que las invasiones germánicas actuaron sobre un Imperio Romano ya internamente debilitado.

Es por ello por lo que consideramos imprescindible proporcionar a los alumnos algunas nociones básicas acerca del conocido como «Bajo Imperio Romano» como introducción al tema de las invasiones germánicas. Normalmente, la imagen que se proporciona del Imperio Romano en los libros de Historia de Enseñanza Secundaria corresponde sobre todo al llamado «Alto Imperio» (siglos I a. C. - II. d. C.). Además, se estudia en 1.º de ESO, con lo cual esos conocimientos al llegar al año siguiente ya se habrán diluido. Se olvida entonces que el Imperio evolucionó de forma muy peculiar a partir del siglo III y que sus dos últimos siglos de historia constituyen un verdadero prólogo de la Edad Media. Los libros de texto normalmente no mencionan esto.

Durante el siglo III el Imperio Romano entró en crisis. Las guerras civiles y las invasiones exteriores pusieron en peligro la misma existencia del Imperio. Además, se produjo una grave depresión económica y una contracción del comercio. La población comenzó a disminuir. A nivel social, el fenómeno más destacado fue el inicio de la decadencia de la vida urbana. El Imperio Romano tendió a ruralizarse. Los latifundios se extienden y además son cultivados ya no primordialmente por esclavos sino sobre todo por colonos. Nos encontramos ante los orígenes más remotos del sistema señorial. Además, la religión pagana tradicional entró en crisis y se desarrollaron fuertemente todo tipo de cultos místéricos y orientales. El conjunto de estos procesos afectó en especial a la mitad occidental del Imperio.

A fines del siglo III y principios del IV el Imperio Romano logró recuperarse en parte gracias a las reformas introducidas por dos importantes emperadores: Diocleciano y Constantino. Estos emperadores aumentaron el tamaño del ejército considerablemente con el fin de preservar la integridad del Imperio. Para mantener a las tropas, tuvieron que aumentar fuertemente la presión fiscal. Además, la burocracia creció y se produjo una considerable centralización de poderes en la figura del emperador. La eco-

nomía pasó a ser dirigida y controlada en gran medida por el Estado. A nivel religioso, se produjo el triunfo del cristianismo. A principios del siglo IV fue legalizado y a fines de la misma centuria se convirtió en la religión oficial. De esta forma apareció el llamado Imperio Romano Cristiano.

Las reformas de Diocleciano y Constantino permitieron al Imperio Romano recuperarse y gozar de cierta estabilidad a lo largo del siglo IV. Sin embargo, fue una recuperación más aparente que real. El precio pagado para la reconstrucción del Estado Romano fue terrible. El peso que la sociedad romana soportaba para mantenerlo era excesivo. La economía se quedó estancada debido a la gran presión fiscal. De ahí que el Imperio fuera en gran medida un gigante con pies de barro a fines del siglo IV. Cuando se produjo una nueva oleada de invasiones germánicas a finales de dicha centuria, el Imperio fue incapaz de resistir la presión y se terminó derrumbando en su mitad occidental a mediados del siglo V.

Un factor importante en el éxito de los germanos fue la propia división del Imperio en dos poco antes del inicio de las invasiones. Como es bien conocido por los profesores de Historia, a la muerte del emperador Teodosio en el 395, el Imperio Romano se dividió entre sus dos hijos: a Arcadio le correspondió la mitad oriental y a Honorio la mitad occidental. Durante el siglo IV el Imperio ya había experimentado divisiones parecidas, pero el espíritu de colaboración entre los emperadores de las diferentes porciones había perdurado. El problema es que en este caso la división fue definitiva. De hecho, el Imperio Romano de Oriente desvió en ciertas ocasiones a algunos pueblos germánicos de su sector hacia Occidente. De esta forma, el Imperio de Oriente logró sobrevivir, pero también contribuyó así a la caída del Imperio Romano en Occidente.

La expansión de los pueblos germánicos en realidad había comenzado mucho antes del siglo V. Procedentes al parecer de la zona del Báltico, los germanos ya habían intentado cruzar el río Rin y atacar a los pueblos celtas galos en el siglo I a. C. Precisamente la conquista romana de la Galia fue lo que puso un brusco final a esta inicial expansión germana.

En definitiva, los pueblos germánicos eran vecinos del Imperio Romano desde el siglo I. De hecho, el propio emperador Augusto intentó conquistar Germania hasta el curso del río Elba, aunque finalmente fracasó. Así, durante cerca de cuatro siglos las fronteras del Imperio Romano quedaron estabilizadas a lo largo de las riberas de los ríos Rin y Danubio. A partir

del siglo II los pueblos germánicos empezaron a presionar las fronteras del Imperio. Durante la centuria siguiente incluso llegaron a penetrar profundamente dentro de territorio romano, aunque se limitaron a saquearlo sin asentarse en él. Sin embargo, a lo largo del siglo IV las tropas romanas lograron restablecer las fronteras del Imperio y estabilizar la situación en gran parte, aunque la presión de los germanos siguió creciendo.

Detrás de este empuje de los germanos sobre el Imperio Romano se encontraba la presión que ellos mismos estaban sufriendo en su retaguardia por parte de pueblos procedentes del interior de las estepas de Asia Central. A fines del siglo IV uno de ellos, los hunos, logró constituir un gran imperio y empujó a numerosos pueblos germánicos hacia las fronteras romanas.

Normalmente, cuando la mayoría de los manuales de enseñanza secundaria señalan las principales características de los pueblos germánicos, suelen basarse en la descripción que un autor romano del siglo I, Tácito, hizo de ellos. Esto es algo peligroso, ya que lógicamente dichos pueblos evolucionaron bastante en el curso de las tres centurias siguientes. Es cierto que todavía conservaban una estructura tribal en gran parte, pero el contacto prolongado con la vecina civilización romana había elevado bastante su nivel cultural. Además, la mayoría de ellos se convirtieron al cristianismo en su variedad arriana en el curso del siglo IV. La historiografía alemana reciente maneja tres conceptos muy interesantes para describir el funcionamiento de los pueblos germánicos en la época de las invasiones: realeza militar, soberanía doméstica (que hace referencia a la idea germana de familia, la cual incluía a los siervos, en la que se encuentra uno de los orígenes del señorío medieval) y etnogénesis. De ellos quizás el más relevante sea el último.

En efecto, hay que destacar que los pueblos germánicos no eran étnicamente puros. En realidad, cada uno de ellos era una amalgama de componentes demográficos de muy dispar procedencia que se aglutinaban en torno a un liderazgo, una realeza militar, en la medida en que ésta resultaba efectiva y exitosa. Cuando un monarca germano sufría un revés importante, su «pueblo» corría el riesgo de disgregarse o incluso se incorporaba al vencedor. De ahí la facilidad con la que aparecían y desaparecían los diferentes pueblos germánicos. Se trata de un modelo de integración social muy interesante, del que se podría aprender mucho hoy.

Así pues, los pueblos germánicos eran muy numerosos y su vida bastante inestable. Los libros de texto de 2.º de Educación Secundaria sólo suelen citar a dos: los francos y los visigodos. Nosotros estimamos que habría que mencionar a algunos más, por lo menos: visigodos, francos, vándalos, alanos, suevos, burgundios, ostrogodos, anglos, sajones y jutos.

Como es bien conocido, los visigodos fueron los primeros en penetrar en el Imperio Romano por los Balcanes a fines del siglo IV. A partir de allí, protagonizaron un largo periplo que les llevó a recorrer sucesivamente Italia, Francia y España. Por su parte, vándalos, alanos y suevos protagonizaron una espectacular ruptura del «limes» o frontera fortificada romana del Rin a principios del siglo V. Seguidamente saquearon Francia y España. Los suevos finalmente se asentaron en Galicia y los vándalos en el norte de África. Por su parte, los alanos en realidad no eran un pueblo germánico, sino que procedían del actual Irán. Terminaron siendo exterminados por los visigodos en España. En cuanto a los francos, inicialmente eran un pueblo secundario. Desarrollaron un proceso de expansión lento y oscuro que finalmente les condujo a controlar todo el norte de Francia. Por su parte, los burgundios se asentaron en el sudeste de Francia. El caso de anglos, sajones y jutos es muy peculiar. Desde el norte de Alemania invadieron por vía marítima a la isla de Gran Bretaña, que había quedado desguarnecida de tropas romanas a principios del siglo V. Anglos, sajones y jutos empujaron a la población celta originaria, los britanos, hacia el Oeste de la isla y se asentaron en ella a lo largo de toda la centuria en un proceso del que conocemos poco. Finalmente, los ostrogodos se asentaron en Italia ya a finales del siglo V.

Después de su asentamiento en el interior del Imperio, cada pueblo germánico buscaba legitimar su situación. Normalmente esto se hacía mediante la firma de un pacto o «foedus» con el emperador, que convertía al pueblo correspondiente en federado o aliado del Imperio. El monarca germano se convertía de esta forma en delegado del emperador para la población romana que estaba bajo su dominio mientras seguía siendo un rey a ojos de su propio pueblo. En cuanto al procedimiento concreto que utilizaron los germanos para asentarse en las provincias del Imperio, parece que se siguió el régimen de la hospitalidad. Éste era el mecanismo previsto en el Bajo Imperio Romano para abastecer y hospedar a las tropas o funcionarios que se encontraban de paso por un territorio concreto. Cada propietario estaba

obligado entonces a ceder temporalmente el disfrute de una parte de sus propiedades al «huésped» que le correspondía. El problema es que en el caso de los germanos este reparto se convirtió en definitivo. Tradicionalmente se ha considerado que el reparto se realizó siguiendo una proporción de tercios, correspondiendo un tercio a cada germano y dos tercios a cada propietario romano. Sin embargo, en la actualidad no se ve esto tan claro.

Para finalizar, hay que destacar que junto a las grandes invasiones de pueblos germánicos, paralelamente también se produjo una infiltración del aparato estatal romano por parte de germanos que actuaban de forma individual. En especial, el ejército romano terminó estando compuesto casi exclusivamente por germanos. Los jefes germanos del ejército (Estilicón, Ricimero) controlaron en la práctica la política de los emperadores del siglo V. Por ello no es de extrañar que el fin del Imperio en Occidente se produjera precisamente cuando uno de estos generales germanos, Odoacro, decidiera simplificar las cosas y poner fin a la ficción en 476. Destronó entonces al último emperador occidental, Rómulo Augústulo, y prefirió reconocer exclusivamente la autoridad teórica del emperador romano de Oriente.

Algunos de los libros de texto de Geografía e Historia de 2.º de ESO suelen tratar al lado de las invasiones germánicas la expansión de los pueblos eslavos. En realidad, esto no es muy correcto ya que la difusión de los eslavos se produce en un periodo cronológico algo posterior, a partir del siglo VI. Un especialista como Lucien Musset prefiere englobar el fenómeno dentro de las llamadas «Segundas Invasiones» que afectaron al Occidente Europeo desde el siglo IX (vikings, húngaros, piratería islámica...). De todas formas, sí es cierto que los eslavos llenaron el vacío dejado por los germanos en Europa Oriental. Se trató de un proceso lento y relativamente pacífico, cuyos detalles nos son poco conocidos. Por otra parte, conviene tener en cuenta que los eslavos muchas veces actuaron a la sombra de otros pueblos procedentes de las estepas de Asia Central como los ávaros o los búlgaros, que crearon grandes imperios y que los sometieron a su dominio en ocasiones. Todo este tema, en general, tiene especial interés para los hijos de los actuales inmigrantes que procedan de Europa Oriental. Se puede aprovechar mucho para que los demás alumnos les valoren mejor.

Por último, conviene destacar que para explicar bien la materia de las invasiones germánicas, hay que contar siempre con una buena apoyatura

cartográfica. Afortunadamente, los libros de texto suelen ir bien provistos de mapas adecuados para ilustrar el fenómeno.

III. LOS REINOS GERMÁNICOS

Durante los siglos VI y VII, el espacio geográfico anteriormente ocupado por el Imperio Romano en Occidente pasó a ser controlado por una serie de reinos germánicos. Se trató de un cambio bastante relevante, ya que Occidente dejó de estar entonces políticamente unificado y sometido a un poder con pretensiones universalistas como era el emperador romano. En lo sucesivo quedó repartido entre una serie de reinos cuyos monarcas sólo aspiraban a ejercer su autoridad dentro de los límites de su propio territorio. Habitualmente, los libros de texto de Secundaria sólo hablan de dos de estos reinos: el de los visigodos y el de los francos. Sin embargo, hubo varios más y algunos de ellos muy relevantes, como el de los ostrogodos en Italia o el de los vándalos en el norte de África.

Por regla general, los reinos germánicos trataron de preservar el aparato estatal romano existente dentro de su territorio en su propio beneficio. Por supuesto, dicho aparato se iba deteriorando poco a poco, pero los reyes intentaron mantenerlo desesperadamente. En dicha tarea unos monarcas tuvieron mayor éxito que otros. Sin embargo, en líneas generales las estructuras y tendencias ya presentes en el mundo tardorromano mantuvieron una continuidad básica en los reinos germánicos. De ahí que en la actualidad se considere que dichos reinos no supusieron ninguna ruptura radical con el periodo anterior, como antes se pensaba y como todavía figura en algunos manuales de Enseñanza Secundaria. Los germanos obviamente introdujeron algunos cambios y rasgos propios, pero básicamente se limitaron a ser una minoría guerrera que pretendía utilizar los recursos del aparato estatal romano en su beneficio. Además, a largo plazo tendieron a fusionarse con la antigua población romana, que era abrumadoramente mayoritaria en cada uno de los nuevos reinos. De esta forma, en la dinámica entre romanismo y germanismo hoy se tiende a afirmar que hubo un predominio de romanismo en los reinos germánicos, frente a lo que se pensaba hace sólo unos decenios.

Una característica de los reinos germánicos muy interesante y llamada además a tener un gran futuro fue la presencia de rasgos prefeudales o pro-

tofeudales en algunos de ellos, como el de los visigodos o el de los francos. El desarrollo de algunos de estos rasgos se había iniciado ya en el Imperio Romano tardío y entre los propios germanos antes de las invasiones. Sin embargo, durante el periodo de los reinos germánicos el crecimiento de los vínculos prefeudales se acentúa, aunque su completa madurez se producirá más tarde.

En los últimos años no se ha dado ninguna variación sustancial en nuestra visión de la evolución de cada uno de los reinos germánicos. Por ello a continuación nos vamos a limitar a realizar una apretada síntesis de sus rasgos esenciales «clásicos».

La mayoría de los reinos germánicos tuvo una vida relativamente corta. Sin embargo, uno de ellos logró perdurar y tener un éxito considerable. Fue el reino de los francos en la antigua Galia. Asentados inicialmente en el norte de la actual Francia, los francos protagonizaron un proceso de expansión territorial ciertamente impresionante a costa de los romanos, los burgundios y los visigodos. La clave de este éxito en buena parte radicó en la temprana conversión de su rey Clodoveo directamente del paganismo al cristianismo católico a fines del siglo V. Eso le permitió contar con el respaldo de la población galorromana, mayoritariamente católica, frente a los demás reinos germánicos. El resultado es que Clodoveo logró reunificar todo el territorio de la Galia bajo el reino franco a principios del siglo VI. El único problema radicaba en que los francos eran un pueblo de un nivel cultural relativamente bajo y eran incapaces de diferenciar el Derecho Privado del Derecho Público. La consecuencia fue que los reyes francos tenían un concepto patrimonial del Estado. Clodoveo dividió su reino entre sus hijos y sus sucesores, los monarcas de la dinastía conocida como merovingia, a su vez hicieron lo mismo. En consecuencia, durante la mayor parte de los siglos VI y VII el reino franco de las Galias estuvo dividido en varias partes (Austrasia, Neustria, Borgoña, Aquitania...) que a su vez continuamente estaban en guerra entre sí. El resultado fue un continuado proceso de pérdida de poder de los reyes merovingios en beneficio de la nobleza franca. A principios del siglo VII se produjo un último intento de recuperación de la monarquía merovingia durante el reinado del rey Dagoberto I, quien fugazmente logró reunificar todo el conjunto de la Galia bajo su control. Sin embargo, a su muerte el reino se volvió a dividir entre sus hijos y el proceso de desintegración de la monarquía merovingia se rea-

nudó. Poco a poco, el poder fue asumido por la cabeza de la aristocracia en cada uno de los grandes conjuntos territoriales en que se dividió la monarquía franca (Austrasia, Neustria y Borgoña). Estos líderes regionales de la nobleza adoptaron el título de «mayordomos de palacio» y poco a poco convirtieron a los reyes merovingios en meros monarcas nominales.

Por su parte, el reino ostrogodo de Italia representa el intento más serio de estricta separación y división de funciones entre las poblaciones romana y germana. Los ostrogodos se limitaron a ejercer de élite militar y dejaron el resto de la administración en manos de la población italo-romana. El monarca, por su parte, se consideraba a sí mismo como un delegado teórico del emperador romano de Oriente en Italia. El reino ostrogodo llegó a su apogeo durante el reinado del rey Teodorico, en el curso del cual se convirtió incluso en el poder hegemónico en Occidente. Sin embargo, tras su muerte el reino pronto sucumbió ante el contraataque del Imperio Romano de Oriente a mediados del siglo VI. La guerra, sin embargo, fue tremendamente destructiva y dejó a Italia arruinada e indefensa frente a las pretensiones de otro pueblo germánico, el de los lombardos, quienes a fines del siglo VI invadieron dicha península y crearon en el norte de Italia un nuevo reino.

Mientras tanto, los vándalos habían creado en el norte de África otro reino muy interesante. Durante el reinado de su rey Genserico a mediados del siglo V se convirtieron en una potencia marítima y ocuparon las islas de Cerdeña y Sicilia. De esta forma llegaron a dominar el Mediterráneo Occidental. Sin embargo, sus relaciones con la población romana de África fueron pésimas. Fanáticos arrianos, los vándalos persiguieron duramente el catolicismo que entonces era mayoritario entre los habitantes del norte de África. La consecuencia fue que el reino vándalo era muy débil en sus estructuras internas y por consiguiente se derrumbó muy fácilmente ante el contraataque del Imperio Romano de Oriente a principios del siglo VI.

En Gran Bretaña, los anglos, sajones y jutos terminaron creando siete reinos diferentes. Tradicionalmente, se les conoce como la «heptarquía anglosajona». Durante el siglo VII se convirtieron al cristianismo y lucharon entre sí por la hegemonía. El resultado fue que en la centuria siguiente, ya en vísperas de las invasiones normandas, la Inglaterra anglosajona estaba a punto de unificarse políticamente.

Finalmente, los visigodos crearon en el sur de Francia y en España uno de los reinos germánicos más importantes. No obstante, debido a su especial relevancia para nuestro país, vamos a dedicar para su tratamiento un apartado específico más adelante.

A nivel socioeconómico, en principio el fenómeno más destacable de los reinos germánicos sería el desarrollo del sistema señorial, con antecedentes ya en la etapa final del Imperio Romano. Sin embargo, se trata de un tema polémico hoy día, ya que hay autores que defienden que los abundantes «servi» que aparecen en las fuentes de la época no serían ya siervos, sino que todavía serían verdaderos esclavos. En cuanto a la cultura, los rasgos más destacados de la época son, sin duda, su progresivo empobrecimiento y su profunda cristianización. La cultura de la época tiende a refugiarse en los monasterios, cuya gran difusión por Occidente es la principal característica de la vida religiosa del periodo.

IV. BIZANCIO

Todavía en muchos libros de texto se suele afirmar que el Imperio Romano cayó en el año 476. Esta idea es completamente falsa. Lo que cayó en 476 fue la mitad occidental del Imperio. La otra mitad, la oriental, sobrevivió hasta el año 1453 en que desapareció con la caída de Constantinopla en manos de los turcos. Al Imperio Romano de Oriente convencionalmente se le suele designar como Imperio Bizantino, pero no hay que olvidar que sus propios habitantes siguieron autocalificándose como «romanos» hasta el final. Para los pueblos germánicos primero y para los árabes después, los bizantinos también eran los «romanos». Esta es una idea que con frecuencia se olvida y que convendría recalcar a los alumnos de ESO. «Bizancio» es sólo un nombre convencional para designar al Imperio Romano de Oriente.

Por supuesto, los bizantinos eran unos «romanos» un tanto especiales ya que hablaban griego en lugar de latín. La explicación de esto reside en que a lo largo de sus cerca de mil años de Historia, el Imperio Romano de Oriente experimentó profundas transformaciones que al final lo terminaron convirtiendo en una civilización muy original. Junto con el Islam y el Occidente Europeo, Bizancio fue una de las tres grandes civilizaciones que

compartieron el ámbito mediterráneo durante el periodo medieval. Se trató del producto de la fusión de tres elementos fundamentales: Estado romano, cultura griega y religión cristiana.

Por desgracia, el tratamiento que el Imperio Bizantino recibe en los libros de Historia de 2.º de ESO es muy reducido, mucho menor del que merecería su relevancia histórica. Además, la creciente presencia en los institutos de hijos de inmigrantes de países del Este de Europa aconsejaría una mayor atención a este tema, debido a la gran influencia que la cultura bizantina tuvo en los pueblos eslavos.

Por otra parte, en casi todos los casos se percibe un claro desequilibrio en los contenidos dedicados a Bizancio en los manuales de Enseñanza Secundaria. En numerosas ocasiones tan sólo se toca la época de Justiniano, el siglo VI bizantino, y se despacha el resto de la Historia del Imperio de forma muy sumaria catalogándola como una larga decadencia. Todo esto es un profundo error. Por supuesto, el reinado del emperador Justiniano fue muy importante, pero en realidad significó más una prolongación del Imperio Romano Tardío que una parte del Imperio Bizantino medieval propiamente dicho. Además, después del siglo VI la Historia de Bizancio no fue sólo la de una larga decadencia. De hecho, el Imperio volvió a vivir otros periodos de esplendor como en el siglo X y en el siglo XII.

En la actualidad, se tiende a considerar los dos primeros siglos de la Historia bizantina, los siglos V y VI, como una básica continuidad con el Bajo Imperio Romano sin ningún corte. Durante este periodo, el Imperio Romano de Oriente logró sobrevivir a las invasiones germánicas gracias a su mayor riqueza y nivel de desarrollo. De hecho, durante el siglo VI Bizancio contraatacó. Durante el reinado de Justiniano I, el Imperio se planteó seriamente la reconquista de todo Occidente a costa de los reinos germánicos. Los bizantinos lograron ocupar el norte de África, Italia y el sur de España. Sin embargo, el esfuerzo dejó agotado al Imperio, que no pudo conservar las conquistas y que, además, inmediatamente después tuvo que afrontar dos nuevas amenazas.

En efecto, durante el siglo VII el Imperio Romano de Oriente estuvo a punto de desaparecer ante los ataques sucesivos del Imperio Persa Sasánida primero y de los árabes después. El Imperio sufrió graves amputaciones territoriales y una profunda crisis. Se trata de la llamada «Edad

Oscura» de Bizancio. No obstante, supo reaccionar e introducir destacadas reformas estructurales. En realidad, fue entonces cuando dejó de ser una simple prolongación del viejo Imperio Romano y se transformó en el Imperio Bizantino medieval. La sociedad se empobreció, pero también se militarizó y se helenizó. El latín dejó de ser la lengua oficial y su lugar lo ocupó el griego. Desaparecieron los grandes latifundios típicos de la romanidad tardía y los pequeños campesinos libres pasaron a ser la base social del Imperio. Además, se estableció un sistema de defensa en profundidad por medio de una red de nuevas circunscripciones territoriales a la vez civiles y militares: los «*themas*».

Gracias a todas estas reformas, el Imperio ganó en capacidad defensiva y pudo mantener bajo su control la península de Anatolia y parte de la de los Balcanes. Sin embargo, a continuación durante los siglos VIII y IX Bizancio experimentó otra crisis, esta vez interna y de carácter religioso. Se trató de la llamada crisis iconoclasta, suscitada por la pretensión de algunos emperadores de abolir el culto a las imágenes, muy populares entre los bizantinos. La crisis se resolvió finalmente a mediados del siglo IX con el restablecimiento del citado culto a las imágenes religiosas o iconos.

A fines del siglo IX se instaló en el trono imperial de Bizancio una nueva dinastía, la de los emperadores macedonios. Con ella el ejército llega al poder. Varios generales muy competentes se convierten en emperadores y desarrollan una política exterior expansionista. El Imperio Bizantino atraviesa así una segunda edad de oro durante el siglo X, después de la de Justiniano. Sus tropas reconquistan el norte de Siria y toda la Península de los Balcanes. Es también una época de auge económico y de esplendor cultural. No obstante, también se desarrolla entonces una aristocracia que obliga a los pequeños campesinos libres a entrar en relación de dependencia con ella y a trabajar sus latifundios. En cualquier caso, el Imperio Bizantino llega a su momento de máximo apogeo a principios del siglo XI durante el reinado del emperador Basilio II. En definitiva, de todo esto conviene que los alumnos retengan que el verdadero apogeo del Imperio Bizantino no se produce durante el reinado de Justiniano, sino con la dinastía macedónica a lo largo de los siglos X y XI.

A mediados del siglo XI el Imperio sufre una crisis cuando los turcos selyúcidas invaden el interior de Anatolia. Sin embargo, en la actualidad se tiende a restar importancia a dicha crisis ya que se considera que el perio-

do de crecimiento de Bizancio se prolongó hasta el siglo XIII. En efecto, durante el siglo XII una nueva dinastía imperial, la de los Comneno, logró restablecer la situación y devolver a Bizancio su condición de potencia hegemónica en el Mediterráneo Oriental. Con esta dinastía la aristocracia llega al poder y somete definitivamente al campesinado a un régimen de dependencia. De este periodo existe una crónica del reinado del emperador Alejo I Comneno que fue escrita por su propia hija. Se trata de un texto muy interesante y pintoresco, del que afortunadamente contamos con una traducción española. De él se podrían extraer fragmentos sugerentes para comentar con los alumnos.²

La decadencia de Bizancio se inicia realmente en el siglo XIII. A principios de dicha centuria una cruzada occidental, la cuarta, es desviada contra el Imperio y ocupa su capital, Constantinopla, en 1204. A partir de entonces fue cuando verdaderamente se forjó una enemistad irreconciliable entre la Iglesia Ortodoxa bizantina y la Iglesia Latina occidental, la cual ya se había iniciado en el siglo XI. Aunque los bizantinos lograron reaccionar y reconquistaron su capital a mediados de la decimotercera centuria, el Imperio dejó de ser una gran potencia. Una nueva dinastía, los Paleólogo, rigió los destinos de Bizancio desde entonces hasta el siglo XV. Se trata de un periodo de declive y continuas guerras civiles, mientras los eslavos y los turcos otomanos van poco a poco conquistando todos los territorios del antiguo Imperio. Además es una época de profunda depresión económica. Sin embargo, paradójicamente, también es un periodo de esplendor cultural y artístico.

A nivel procedimental, para trabajar el tema de Bizancio se pueden utilizar párrafos de algunas obras literarias bizantinas de autoría anónima que han sido traducidas al castellano. Su comentario con los alumnos puede ser muy útil³.

El Imperio Bizantino desapareció definitivamente cuando su capital, Constantinopla, fue ocupada por los turcos otomanos en 1453. No obstante, su influencia ha llegado hasta nuestros días gracias al profundo impacto que la cultura bizantina supuso para los países eslavos.

² Ana Comneno, *La Alexiada*, Sevilla, 1989.

³ *Digenis Akritas*, Barcelona, 1981 y *Belisario. Poema e Historia*, Barcelona, 1983.